



SEMANARIO ILUSTRADO

DIRECTOR
Eduardo Sánchez de Castilla

ADMINISTRACIÓN
CLAUDIO COELLO, 21

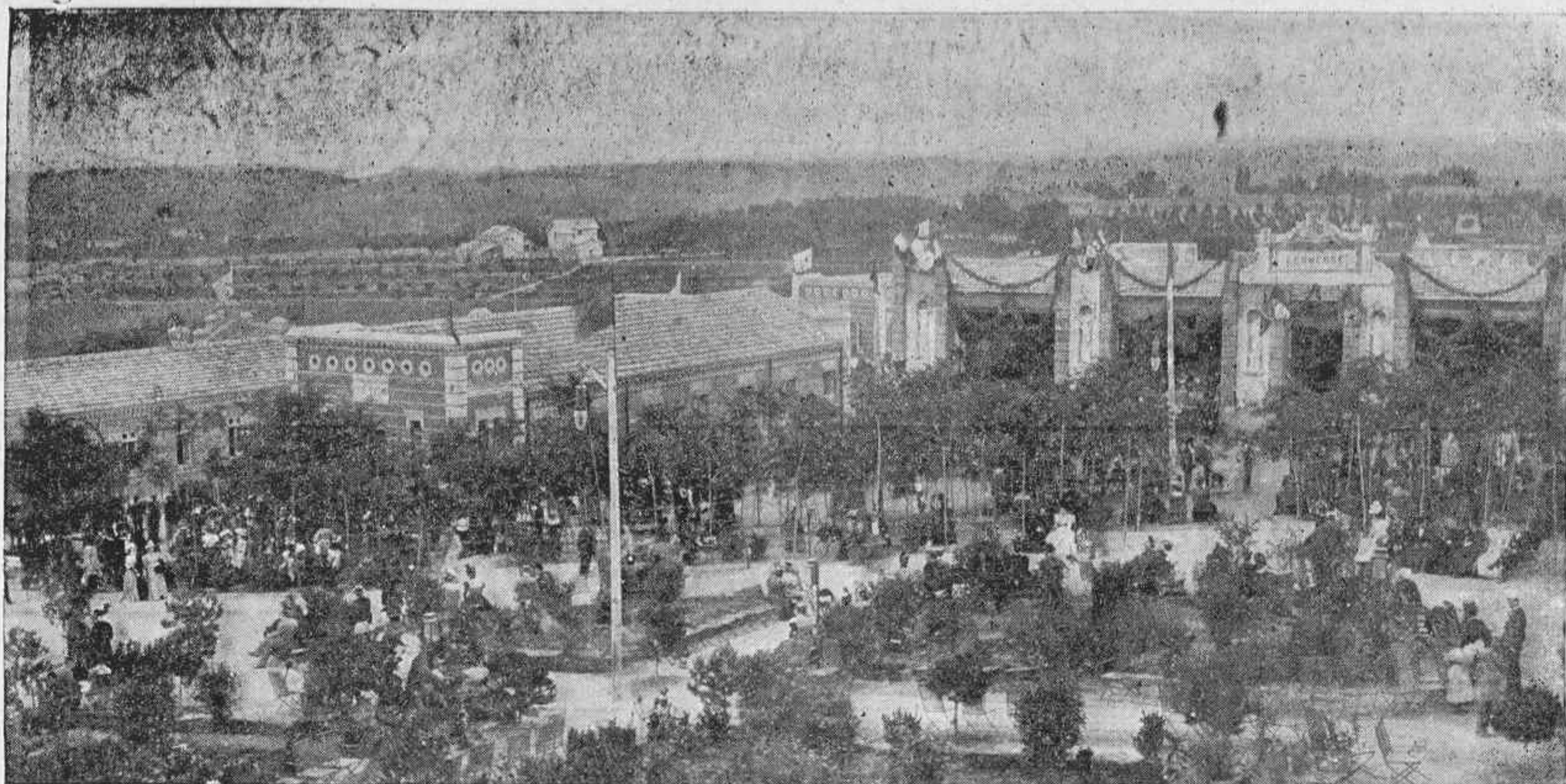
DIRECTOR ARTÍSTICO
FÉLIX DE LA TORRE

ACTUALIDADES

LA KERMESSE EN EL ASILO DE SANTA CRISTINA



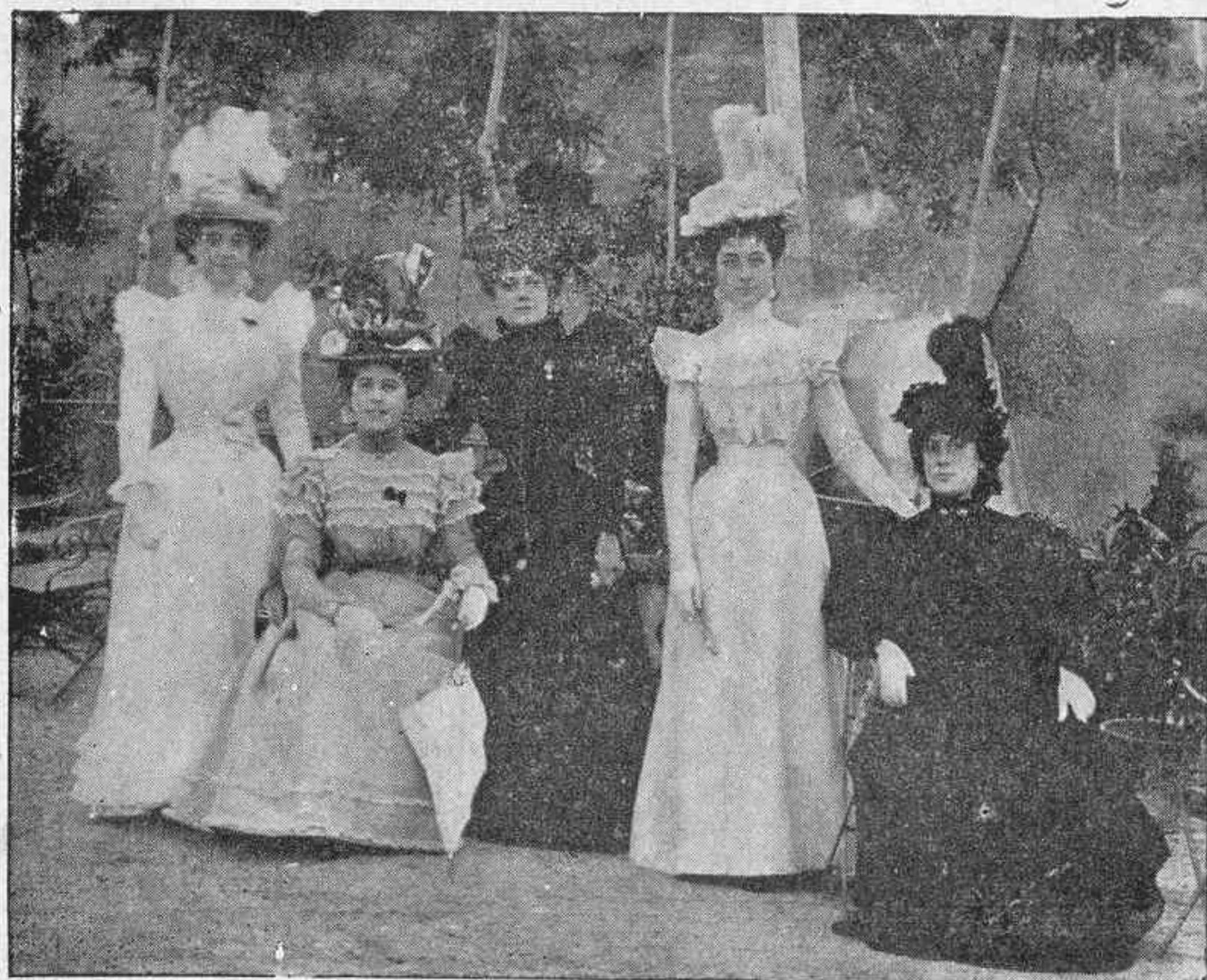
S. M. LA REINA VISITANDO LAS INSTALACIONES.



VISTA GENERAL.



LA TOMBOLA.



GRUPO DE INVITADAS.



EL CORONEL CIRUJEDA Y UNA DE SUS HIJAS.



EL EDIFICIO DE LA RIFA.

(Fotografías de Company.)

EL DOCTOR SANARELLI

DESCUBRIDOR DEL MICROBIO DE LA FIEBRE AMARILLA

Es un hecho comprobado ya por completo el de que *hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad*. Cada día se descubren cien mil cosas, la mayor parte de ellas de muy escaso interés, como, verbigracia, el arte de blanquear á los negros, inventado, según cuentan los periódicos de Londres, por un doctor allí residente, y que ha armado muchísimo ruido entre los individuos de color. Por eso, por la futilidad de que suelen adolecer muchas invenciones y descubrimientos que se dan por muy importantes, merece ser señalado y encomiado grandemente el verdadero sabio, que dedica su esfuerzo y su estudio á la investigación de problemas que con justicia y con razón preocupan á la humanidad.

Por eso, aun cuando su recientísimo descubrimiento no ha sido vulgarizado todavía por la prensa médica de Europa, honramos hoy las columnas de esta Revista con el retrato del doctor Sanarelli, médico establecido en el Uruguay, y que, después de haber hecho en aquella República suramericana y en la del Brasil muy detenidos y profundos estudios clínicos y muy delicados análisis de la fiebre amarilla, endémica en los puertos del Atlántico desde Nueva Orleans al cabo de Hornos, ha llegado á descubrir y aislar la bacteria generadora de esa fiebre, que diezma á aquellas poblaciones.

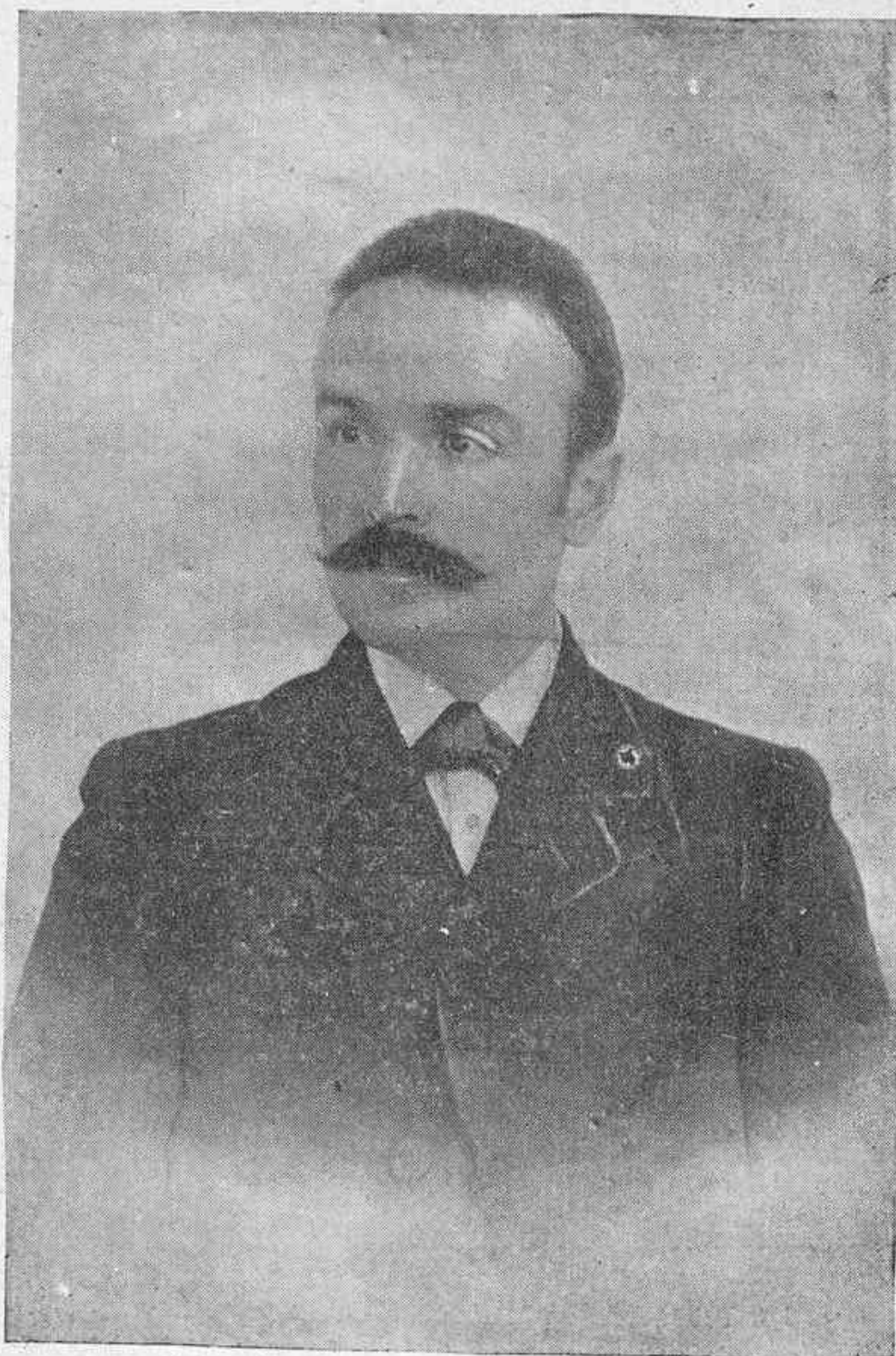
Este descubrimiento, cuya plena comprobación desearíamos conocer muy pronto para bien de la humanidad, fué expuesto y explicado por el Dr. Sanarelli en conferencia pública dada en Montevideo, y á la cual asistieron una comisión de las eminencias médicas del Brasil, Dres. Lacerda, Prevost, Ottoni y todos los médicos notables de ambas Repúblicas y de la Argentina.

Si en todo crimen lo importante es descubrir al autor, el señor Sanarelli ha realizado esta parte del trabajo; ya se sabe quién es *el autor* de la fiebre amarilla. Para acabar con él bastará hacer otro esfuerzo, sin duda menor que el realizado, y este esfuerzo lo mismo puede hacerlo el Dr. Sanarelli que otro médico cualquiera.

De todos modos, al Dr. Sanarelli es á quien pertenece el agradecimiento de los hombres, y á su frente debe ceñirse el laurel que en otro tiempo se otorgaba á los poetas, el premio concedido ya á los Virchow, á los Koch y á los Cajal.

Esos animalillos que no vemos, menudísimos, microscópicos, son los que hacen más daño, exactamente lo mismo que las penas, según Augusto Ferrari.

L. R. M.



COMENTARIOS

Bueno; ya estarán ustedes enterados de que tenemos Ayuntamiento nuevecito, flamante, con los mejores ánimos, según dicen los individuos que *lo componen*.

Y verdaderamente, buena falta hace que *lo compongan*, porque tan echado á perder como estaba no es posible que siga. Podrá mejorar algo; empeorar ó seguir *in statu quo* es imposible.

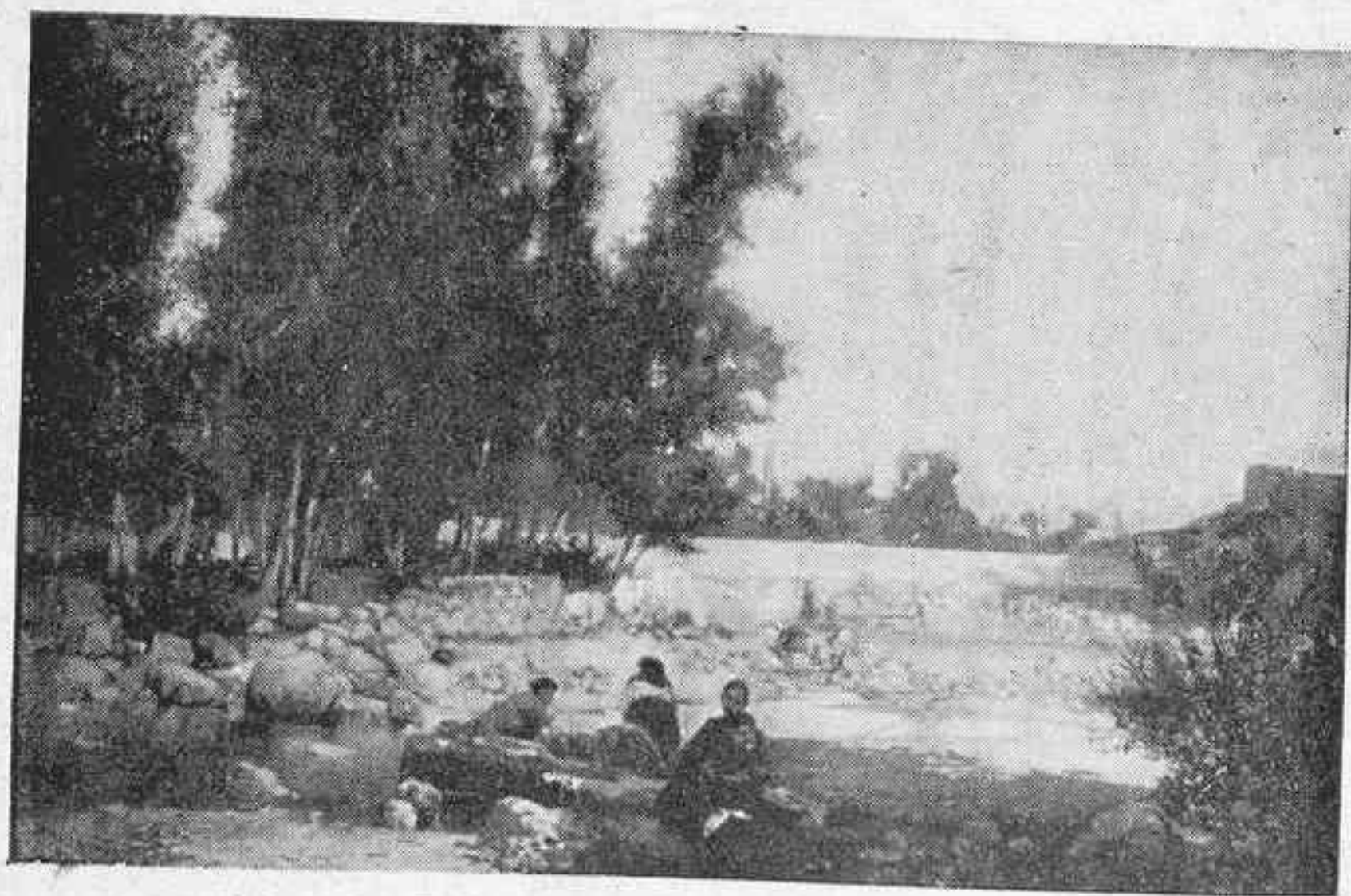
En verano se advierte mucho más que en otras ocasiones lo mal que desempeña su misión el Municipio madrileño. Todas las incomodidades, faltas de higiene y hasta peligros capitales que se acumulan de un modo insufrible en esta población, á más no poder impropia para corte y cabeza de la Monarquía, se centuplican ahora con el calor, la paralización que el veraneo impone y la general penuria de metales que padecemos los que *nos quedamos*. Algunos distinguidos escritores, entre ellos el Sr. Fernández Bremón, y otros ni escritores ni distinguidos, como un servidor de ustedes, hemos ponderado varias veces los encantos y excelencias del estío madrileño; pero yo ahora, en un arranque de espontaneidad, les diré á ustedes en nombre mío, y tal vez en el de esos otros señores, que aquellas alabanzas eran pura broma y piadoso deseo de consolar y reanimar á las *víctimas* del Dos de Mayo, del Prado, de Recoletos, de las casas ahogadizas y estrechas, de las calles y plazas mal orientadas, de la atmósfera seca y polvorosa.

Ya sé, ya sé que en San Sebastián hace casi el mismo calor que en Madrid, los días en que el sol dice *allá voy*, y el viento responde *yo me largo*; sé que los más de los puntos donde se veranea carecen de comodidades y son pueblos cursis, feos, carísimos, donde ó no hay gente con quien hablar, ó sobra gente con quien jugarse hasta la caspa; sé que todos, ó la mayor parte de nosotros, los nacidos *tierra adentro* estamos faltos de esa cuerda sensible que vibra á los ecos del mar, según los poetas. Pero no se trata aquí precisamente de ir al mar, sino más bien de cambiar de aires y de horizontes, para perder por unos cuantos meses la costumbre adquirida en la corte, de vivir siempre bajo techado, respirando unos individuos la atmósfera *creada* por los otros.

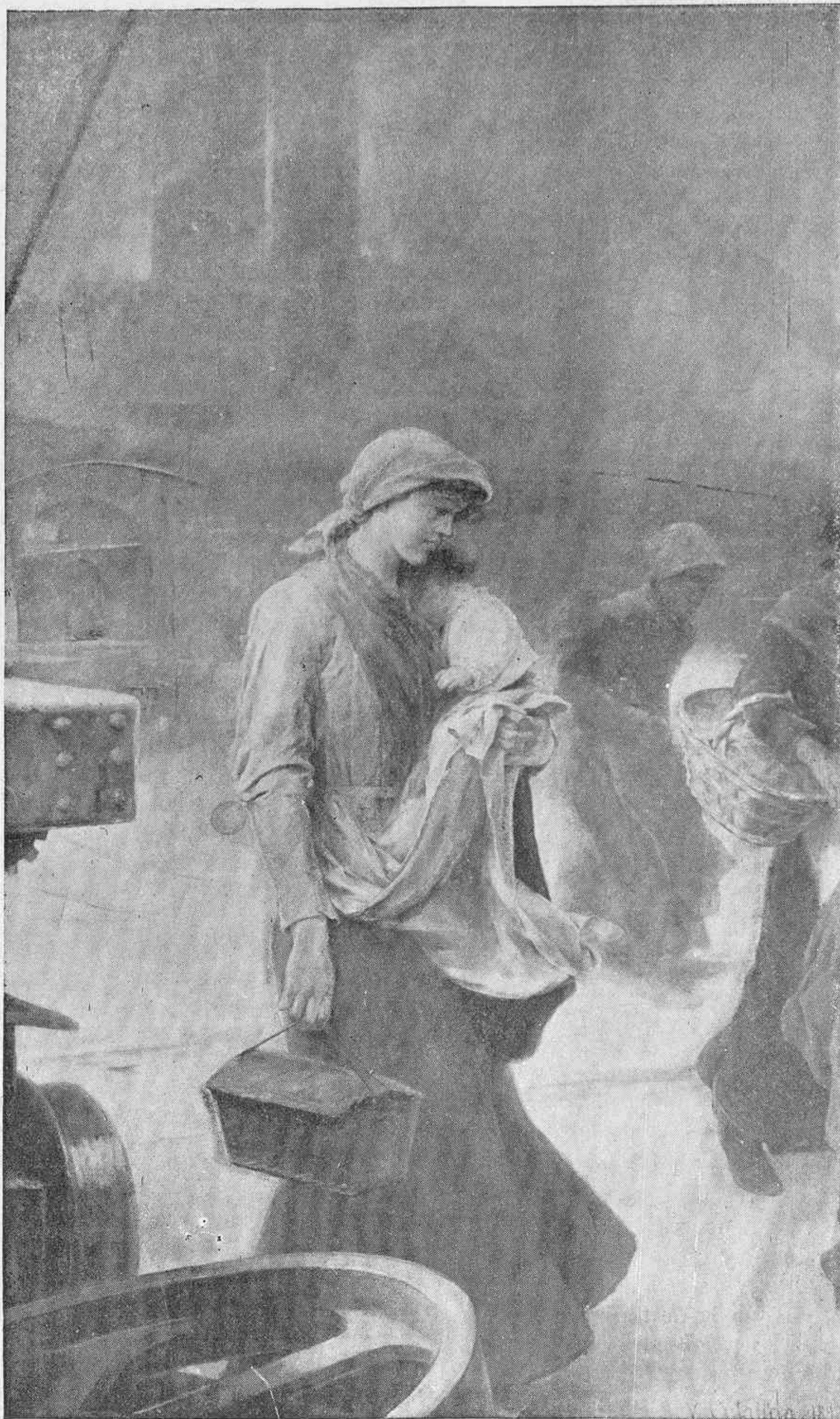
Si Madrid tuviese buenas condiciones higiénicas, no habría necesidad de que todas las ganancias del verano y muchos ahorros del invierno se los llevasen las provincias del Norte. Bastaría que un *enemigo del pueblo*, como el de Ibsen, declarase y probase, lo cual es facilísimo, que la humanidad necesita muy pocas aguas medicinales y muchas aguas claras del río, del pozo ó de la fuente, y se acabaría en un periquete con el ab-



EL HUERFANO, CUADRO DE ANTONIO AMORÓS.



LA PRESA DEL MOLINO.—JUAN JIMÉNEZ MARTÍN.



ENSUEÑO.—VICENTE CUTANDA.

la generosidad individual, después de tantas y tan continuadas series de *sablazos* como han venido á afligir á las escurridas bolsas madrileñas en estos tiempos calamitosísimos, y mucho más en vísperas de veraneo.

Pero el caso es que la gente ha acudido á la fiesta caritativa, cuya inauguración honró la Reina con su presencia, el público ha soltado bastantes pesetas y ha procurado solazarse todo lo posible.

Más de uno y más de dos caballeros y señoras que asistían á la *kermesse* hubieran dado algo más.... por quedarse allí, en los cerros de la Moncloa, durmiendo en *la posada de la Estrella*, puesto que aquél es uno de los pocos sitios algo bucólicos de las inmediaciones de Madrid. Respirase á aquellas alturas, nada *vertiginosas* por cierto, el aroma penetrante de los pinos, y no hay el peligro de *caer en la sopa* de cualquier

surdo, que por igual afecta á la economía política, á la doméstica y á la fisiológica, de creer que sólo en verano debe remojarse el cuerpo, y remojarle precisamente en éstas ó en aquellas aguas sulfurosas ó carbonatadas y en las playas de moda, donde hay *toilettes* elegantísimas y comidas detestables y malsanas.

Con esa convicción remachada por razones poderosas de todas las índoles, y con crear unas cuantas casas de baños decentes y baratas ó gratuitas, si podía ser, como lo eran allá en tiempo de los romanos (mucho más civilizados que nosotros en esto y en casi todo lo demás), y con añadir dos ó tres brigadas á las de reclutas de la limpieza, á más de otras muchas reformas que á todo el mundo se le ocurren menos á los concejales, ya no sería menester valerse de la resignación, ni del humorismo fácil ni del sofisma piadoso, para pasar bien el verano en Madrid.

De otra manera, es decir, de la *manera* actual y corriente, resulta, como decía una coplilla de moda en el pasado invierno, que *¡mejor están en Bombay!*

*
*
*

La *kermesse* celebrada en la Moncloa, como puede verse por las fotografías que van en este número, ha sido una fiesta magnífica. Lógicamente pensando, parecería imposible que aún diesen resultado estos llamamientos á la caridad, ó mejor á

banquete político ó *cómico-lírico*, ó simplemente municipal, peligro que ha robado sus encantos mejores al paseo de los Viveros y á la carretera del Pardo, antes tan solitaria y tan tristemente simpática.

¡Qué hermoso era aquel camino hace algunos años, cuando había pocas bicicletas ó ninguna, y hasta el sitio real sólo se cruzaba el paseante con algún coche en que iban señoras de luto, ó con elegantísimas amazonas y gallardos señorones galopando en sus lustrosas cabalgaduras! Hoy día sólo queda, al final del camino, surcado por cientos y miles de ruedas de goma, el palacio triste, sombrío, cerrado, con las aguas estancadas en el foso y el césped creciendo entre las piedras, todo lleno de la memoria del Rey difunto... Hasta aquel palacio hundido entre los árboles no llegan el bullicio y la algazara de los paseantes á máquina, y mucho menos los taponazos del champagne y de los discursos embotellados que á un tiempo *vierten* los mozos de los Viveros y los oradores que hacen á las orillas del Manzanares pinitos de elocuencia más ó menos cursi, aprovechando cualquier fútil pretexto.

No: el palacio de El Pardo se conserva digno, solo, mudo, como un panteón de recuerdos, según la frase de los poetas. Á su modo, es un Escorial: El Escorial de una época en la que ya sí se pone el sol en los dominios de España, por nuestra desdicha.

* * *

No ganamos para certámenes.

Cerrada la Exposición de Bellas Artes, dejando á media miel á la mayoría del público, se ha verificado un certamen de esgrima, que algo de bella arte tiene también, y en el cual maestros y aficionados han hecho verdaderos prodigios de habilidad y han demostrado conocer maravillosamente las grandezas de la espada y del sable. Y cuando se publique este número, se abrirá la Exposición de fotografías presentadas al concurso de LA REVISTA MODERNA.

En ese concurso, los hechos demuestran que la fotografía ha llegado entre los aficionados de nuestro país á la misma perfección que en el Extranjero. Fácil es la comparación de los originales que en nuestro certamen figuran con los presentados á los concursos de otras revistas ilustradas francesas é inglesas; y como el mérito no pertenece á LA REVISTA MODERNA, sino á los expositores, no será inmodesta pretensión la de afirmar que en cuanto á delicadeza en el ejecutar y buen gusto en el *componer* (que también cabe composición, y mucha, en la fotografía) no superan los fotógrafos y aficionados de fuera de España á los nuestros.

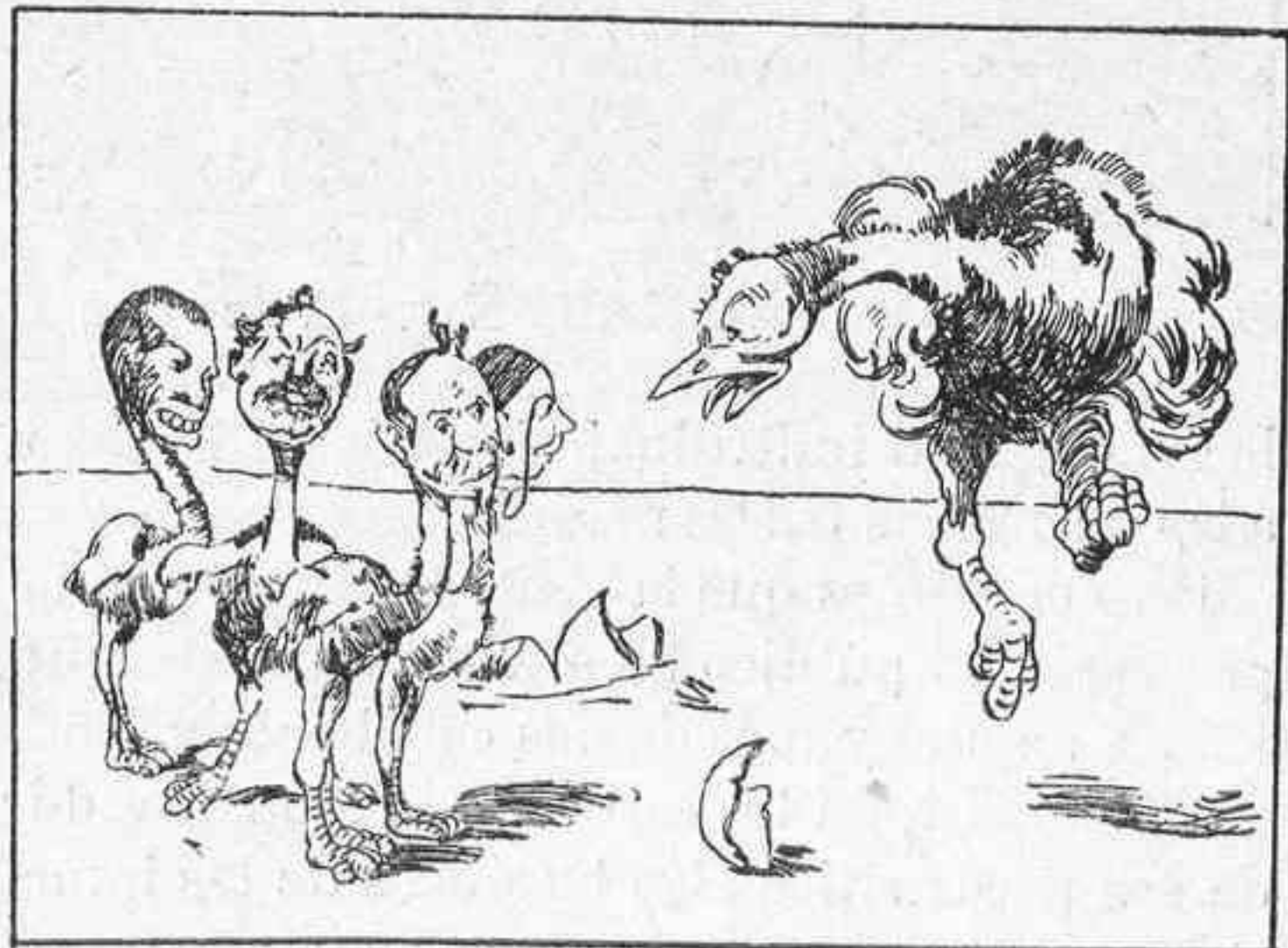
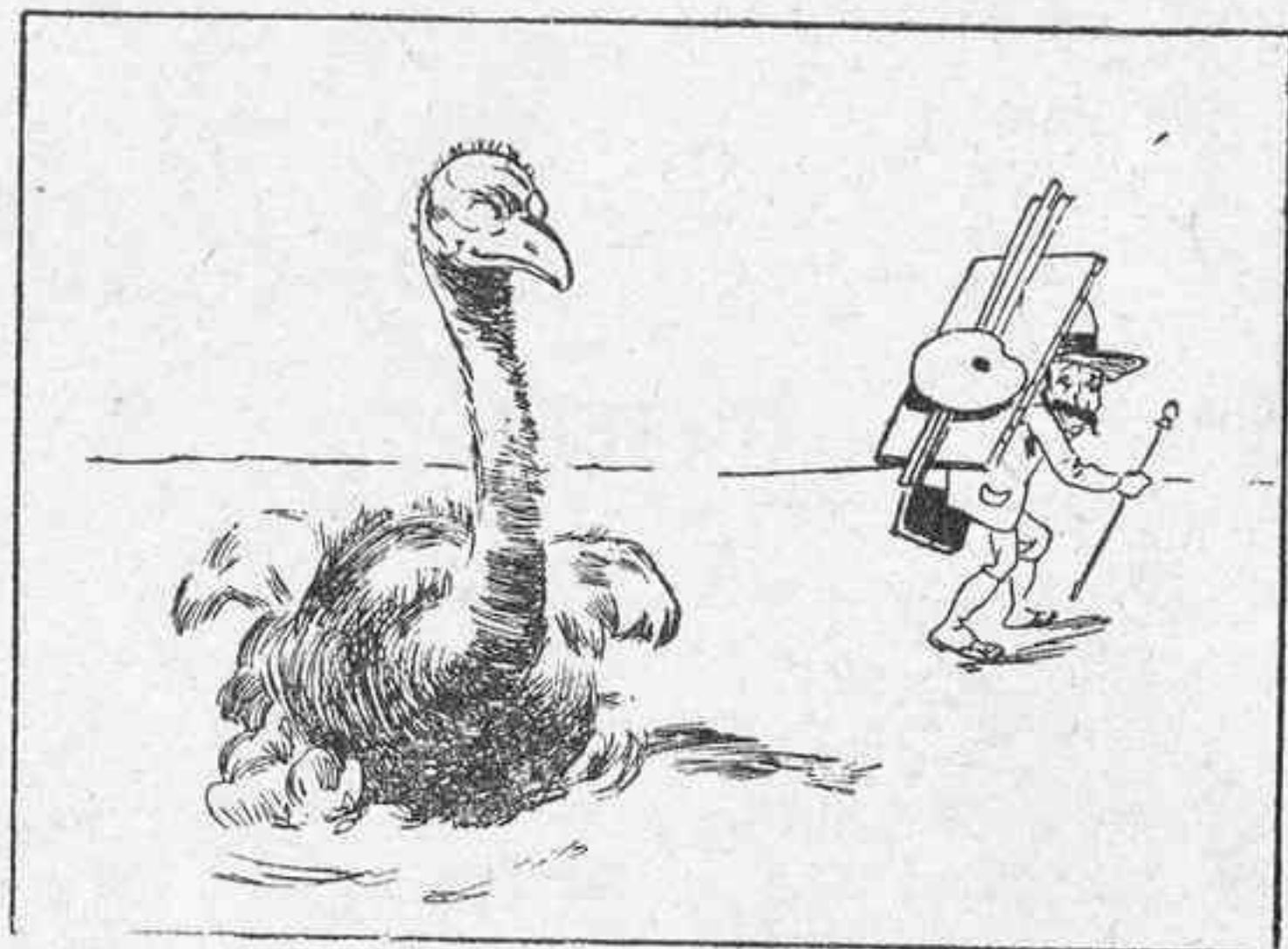
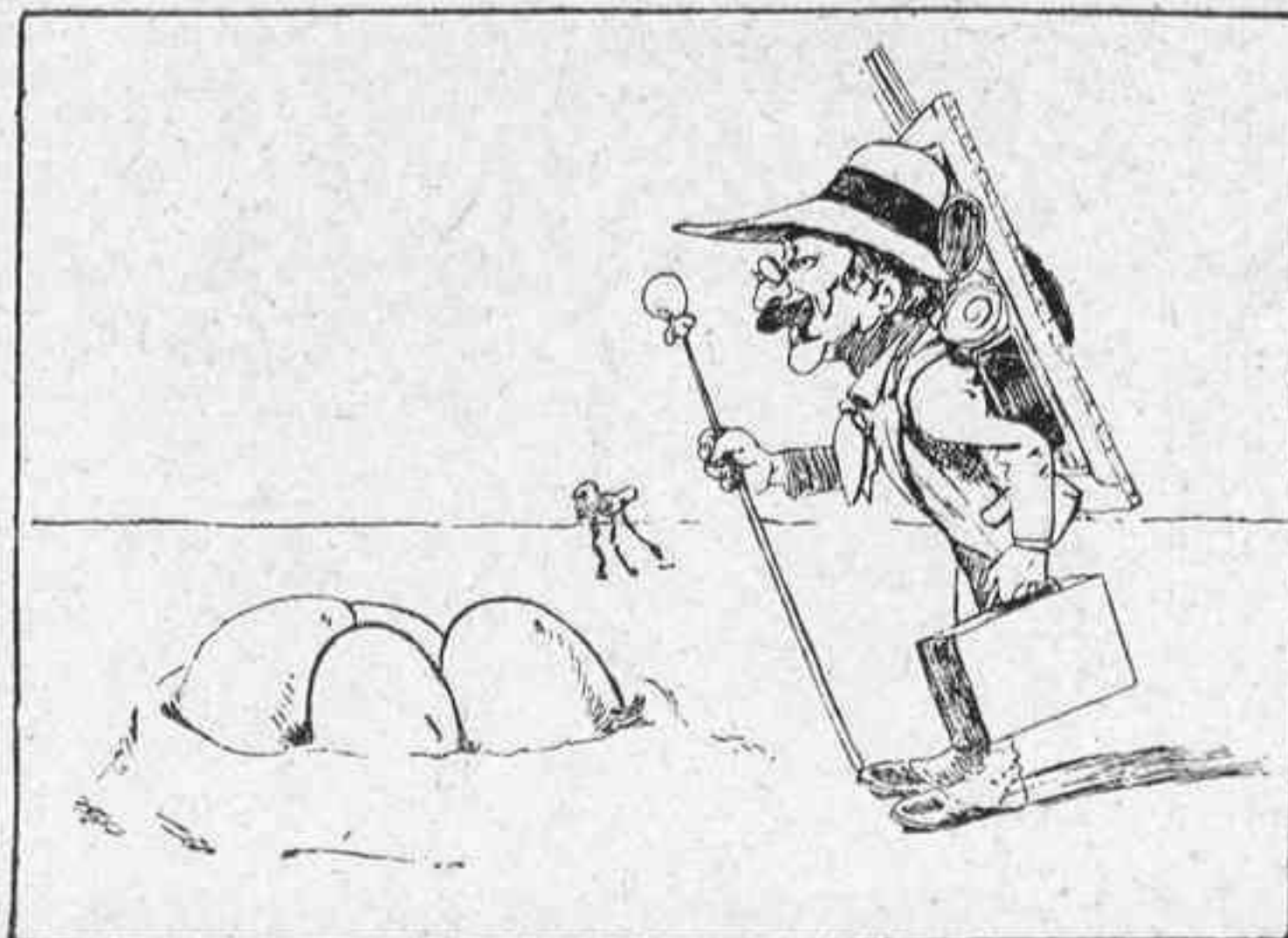
Esto mismo creemos que se demostrará más cumplidamente en los concursos sucesivos, que, sin duda, serán más numerosos que el actual, pues anunciados ya desde este momento quedan, y los muchísimos é inteligentes aficionados al arte fotográfico en España contribuirán á la obra de LA REVISTA MODERNA, como ya lo han hecho admirablemente los expositores del presente certamen.

F. NAVARRO Y LEDESMA.

(Fotografías de Compañy.)

LA INFLUENCIA DEL ARTE

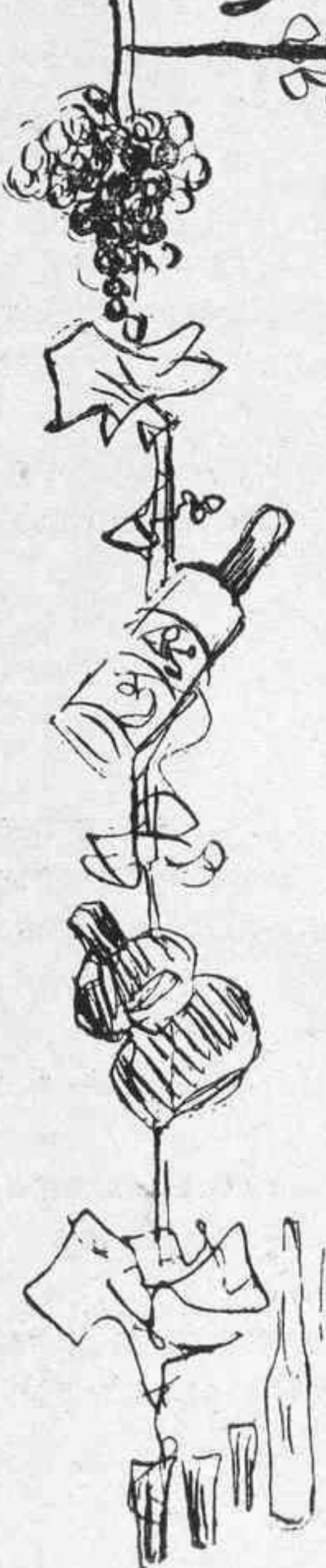
POR PIMENTILLO



NOTAS DE VERANO



EL REFRESCO DE LOS POBRES, DIBUJO DE JIMÉNEZ MARTÍN,



Yo era mulsumán.
Mahometano y Bajá, no sé si absoluto ó Bajá có, mico, ó Kaid ó Kaido ó Jaique, ó cualquier otra cosa morisca.

Supongo que Kaido.
¿Cómo pude llegar á ello?
Sin duda por gracia especial me nombraron infiel.

He sido pirata, no callejero, sino morisco.

He surcado tierras remotas, y he posado mis plantas en remotos mares.

Todo por ellas: la gloria y mi Zaida.

Mi Zaida era una infiel fidelísima, para que todo en mi historia sea anormal.

Ya saben ustedes cómo son todas las Zaidas, y cómo fueron siempre las Zulemas, y las Zoraidas y las Zaleas y las Zapaquildas.

Piel tersa, alabastrina; talle esbelto como palmera preñada de dátiles del país; pies diminutos, infantiles; formas esculturales; ojos negros como abismos sin fondo; no rasgados, porque esto es crueldad; solamente descosidos hasta cierto punto—que en esta ocasión bien puede decirse así—y cargados de electricidad; cabellera fina, undosa, larga y abundante, como catarata de negras aguas.... Imagen poética de luto.

Por ella busqué, con tenacidad y bravura, triunfos y dinero.

El entretenimiento de una cristiana cualquiera cuesta un capital, como habrán oído ustedes decir. ¿Qué no costará el de una Zaida pura?

Nunca se separó de mi lado, ni en los momentos de lucha con la mar.

Yo era un moro de acompañamiento; ni siquiera *Moro 2.º* ó *Moro 3.º*, como figuran en reparto de drama con moros las partes insignificantes de la compañía.

Ella era la hija única y de legítimo matrimonio de Solimán Bajá, dueño y señor de muchas naves y de muchas tierras.

Una noche navegábamos en las costas de Nápoles. Yo, como todos los muchachos de buenas familias en mi país, nos echamos á piratas.



La noche citada, y estando yo de vigía en el barco almirante, digámoslo así, se desencadenó en el mar horrible tormenta.

Nunca los habitantes de aquellas costas habían visto igual borrasca.

Nuestros barcos chocaban unos con otros «como grandes esqueletos que bailaran la danza macabra».

Crujían los cascos, los palos se partían con estrépito.

Aun no se conocía el motor de vapor ni el motor eléctrico.

Los moros de la tripulación, aunque gente bravía, empezaban á inquietarse por el porvenir de sus viudas y de sus huérfanos.

Solimán ordenaba; todos obedecían.

La hermosa Zaida me miró con cierta curiosidad.

Los espantosos «rugidos de cielo y agua» atemorizaban á los moros.

El agua en columnas y en montañas se levantaba amenazadora, y caía después inundando los barcos.

Después..... oyóse el chasquido del rayo.

Y después otro, y después otros.

Y voces y lamentos, ahogados en seguida por el terrible choque de las olas.

Nuestro barco zozobraba.

No ya una vena de agua, sino un brazo de mar penetraba en el fondo.

No había salvación: ya nos habían precedido en su descenso al negro abismo otros barcos de la escuadra.

Al fin oí un ruido extraño, como si hubieran dejado caer sobre la cubierta unas cuantas barras de hierro.

Y Solimán, arrancado de su cojín por una ola, desapareció.

—¡Papá! ¡Papá!—repitió una voz tan melodiosa, tan dulce, al par que enérgica.....



Pero inútilmente: el gran Solimán *Crusoe* no respondió.

Era imposible.

Volví seducido por la hermosa aparición de un hada en aquel momento, y olvidé el peligro.

Era ella: Zaida, envuelta en blanca túnica, suelto el cabello y destrenzado.

La situación era crítica por todo.

Solos ambos en aquella noche, y flotando entre la vida y la muerte.

Zaida hermosa, yo apasionado por la hermosura femenina, artista de corazón, y caballero, aparte, y



ella necesitada de amparo en aquellos instantes de angustia.....

Temerosa, y á la vez dolorida por la pérdida de su señor padre, apenas se fijó en mi

insignificante persona, hasta que rompí á «tocar la guzla» y á cantar una trova ligera, porque el tiempo apremiaba.

—¿Quién eres tú?—preguntó con altivez la chica de Solimán *décédé*.

—Ya lo ves—contesté,—un moro de última fila, casi de desecho de tienda y cerrado; pero un moro que jura morir ó salvarte si quieres.

Á todo esto ya teníamos los pies en agua.

La interesante huérfana de moro me sonrió y clavó, por supuesto sin hacerme pupa, sus miradas avasalladoras.

Los momentos eran preciosos—como suele decirse, aunque mal,—y Zaida, reconociendo que nos jugábamos la vida, me dijo:

—Cumple como caballero.

Como quien dice:

—Anda y carga conmigo, moro.

¡Ah! Ya era tiempo.

Así por el talle á la bellísima fantasma, y me lancé al mar; y nadando, nadando, nadando durante no sé cuántos días, llegué á tierra con mi preciosa carga.

¡Ah! ¡Qué abrazo tan expresivo el suyo!

—Te amo quien quieras que seas, moro—me dijo.

Yo vacilé, temí volverme loco; y, al mismo tiempo, la debilidad natural me impedía tenerme en pie.

¡Y una noche más!

Solos, sentados en una roca, á la luz de la luna, que, espléndida medianera, iluminaba nuestra felicidad, pasamos hasta el día.

Pero el amor alimenta.

Las «auras del mar» nos traían rumores del paraíso de Mahoma y nos refrescaban al mismo tiempo.

Zaida lloró recordando á papá.



Después ya no pensó más que en mí.

¡Tantos valientes como iban en la expedición borrados de repente!

¡Tantos creyentes en el Profeta auténtico, el legítimo sobrino de *La tía Javiera*, perdidos sin combate!

¿Pero qué me importaba á mí si ella me adoraba? Cuando volvimos cada cual en el otro, ó en sí, al clarear.....

(Al clarear, ¿eh? Esto sí que es novísimo.)

..... Al clarear el día nos hallamos en país desconocido para nosotros.

Verdad es que Zaida no había salido del colegio hasta que su papá la llevó á la infausta expedición, y yo no había visto más que mar y tierra, puede decirse.

Aquel país era Francia.

Estábamos al lado de Burdeos.

Llegamos á la hermosa población vinícola, y nos hospedamos en una posada antigua.

Las gentes nos perseguían por curiosidad.

—¡Qué atrasados viven estos cristianos!—decíamos Zaida y yo.

—Máscaras—gritaba uno.

—Otelo y señora—voceaba otro.

Y así lo anunció el miserable monsieur Brunet, que me propuso el negocio de la exhibición en un sitio público.

(Dibujos de Martín.)

¡Qué afrenta!

Pero carecíamos de lo preciso, ya que no de lo precioso, que era ella.

«Otelo y Desdémona.»

Así nos anunció el canalla.....

Y no fué eso lo peor, sino lo otro: que al despertar un día en el hotel donde nos hospedábamos, Zaida no estaba allí.

¡Ingrata!

El monsieur Brunet me pedía indemnización.

¡Sobre perderla y sobre ser moro, pagar indemnizaciones!

La llamé inútilmente.



—¡Zaida! ¡Vamos aquí!

Nada.

—¡Zaida! ¡Zaida!.....

*
*
*

—Vamos, que ha sido de primera la borrasca, José.

—¿Eh?

—Nos asustaste á todos los amigos y á Zaida.

—¿Luego Zaida ha parecido? ¿Y lo de la borrasca ha sido verdad?

—Ya lo creo; monumental: bebiste coñac como quien bebe agua.

—¿Conque no soy Alí-Ben-José?

EDUARDO DE PALACIO.

TIPOS DE ANTAÑO



BARBERO Y COMADRÓN, DIBUJO DE GARCÍA Y RAMOS.

LA DESBANDADA

Los dioses se van. Desde que el reloj terciario de la Puerta del Sol dió las veinticuatro horas del primer día de Julio, Madrid entero está haciendo el equipaje, y no hay guardilla de la que no se haya bajado el mundo, ni cuarto obscuro del que no hayan salido los baúles. A media tarde singularmente, distínguense parados ante las casas los ómnibus á domicilio: es que se marcha á baños tal ó cual familia. Y mientras frente al portal espera el coche, en el piso empieza el caos de la expedición.

La escena es en todas partes la misma. El tiempo ha venido escaso; ha habido mucha ropa que guardar; las señoras llevan seis ú ocho trajes; se viste mucho para ir á la playa y á los conciertos del Casino y á los toros, y cuando más engolfadas se hallan colocando las blusas para que no se aplasten....., el mozo.

—¿Lo estáis viendo? ¡Si os lo decía yo!—prorrumpe el jefe

visible de la familia, ayudando en mangas de camisa á colocar chirimbolos; y en tanto que el mozo lia el primer baúl, trémula, nerviosa, inquieta, sin calma ya para proceder con orden, amontona la esposa la ropa en el mundo, mezclando las prendas en su aturdimiento, «sin distinción de sexos» ni usos, las golas de tul de las niñas con los calzoncillos de papá, los calcetines muy rebufados junto al jabón.

—Pero ¿dónde he puesto yo mi cazadora? —grita el padre desesperado, buscándola en vano por todas partes. ¡Y él, que pensaba adelantarse, tomarse tiempo para facturar y sacar billetes!

De pronto la consorte se abalanza al mozo en el instante de arremeter

con el tercer bulto, exclamando despavorida:

—¡No, no; espere usted, por Dios! ¡Ya sé dónde está la cazadora! La he guardado yo distraída en ese mundo. Pero hay que sacarlo todo, porque tu ropa va en el fondo.

*
*
*

El monólogo número treinta y siete mil de la temporada brotando de los labios y de la mente de un señor gordo que suda y que oprime bajo sus brazos y entre sus dedos ocho ó nueve paquetes, asomándole otros tantos por las aberturas de los bolsillos:



—Cuando yo me vea en mi casetita de mirón, contemplando con los gemelos de teatro las pantorrillas de las bañistas, me va á parecer mentira. ¡Si me encontraré á la del año pasado! ¡Aquella sí que las tenía buenas! ¡Ji, ji! ¿A ver? Creo que se me ha perdido el corsé nuevo de la costilla. ¡Ah, no, no! Es que se había ido escurriendo. Creo que no se me ha olvidado nada. El corsé está aquí. Las gorras de baño, las toallas rusas, la almohadita para el tren, las «formas» para armarlas en la casa de huéspedes. En este bolsillo los zapatos bebé de Lolita y la polvera de Luisa; en el otro la Guía y los cepillos. La verdad es que ya podían haberse quedado haciendo el equipaje dos de las niñas y haberme acompañado las otras dos. ¡Porque creer que «de paso» de la oficina puede traerse uno á cuestas un bazar!..... Yo subiría ahora al tranvía, pero ¡si no tengo manos ni casi pies disponibles! En fin, ya me he despedido del Negociado, y con mi permiso en la cartera, á la caída de la tarde al tren, y mañana por la noche recibiendo el fresco del mar.

*
*
*

Los dos mozos de cordel se encuentran en el camino en el mismo instante en que el que va cargado descansa un minuto, apoyando el enorme mundo en la basa de piedra de una verja pública, y el que «sube de vacío» llega á tiempo de echar una mano misericordiosa á su paisano y colega.

—¿Peru tantu pésate esu?— pregunta el uno al otro.

—¡Que si pesa! Ende que emprendió la gente á dirse, vengu yo bajandu bultus á la estación como si fueran plumas, que, gracias á Dios, tengo unas espaldas que no me las merezcu, y este condenau parece que lleva cantus dentru.

—¿De dónde es?

—De la calle del Espíritu Santu.....

—¡Nun sigas! Lus conozcu. Son de segunda, ida y vuelta, y pa que les salga más baratu el veraneu, llévanse planchas y cacerolas de hierro, y hasta garbanzus. Allí viven por su cuenta, y toman una criada de veranu.

—¡Malditus de cucer!

—Y no es eso lo pior.

—¿Pus qué es?

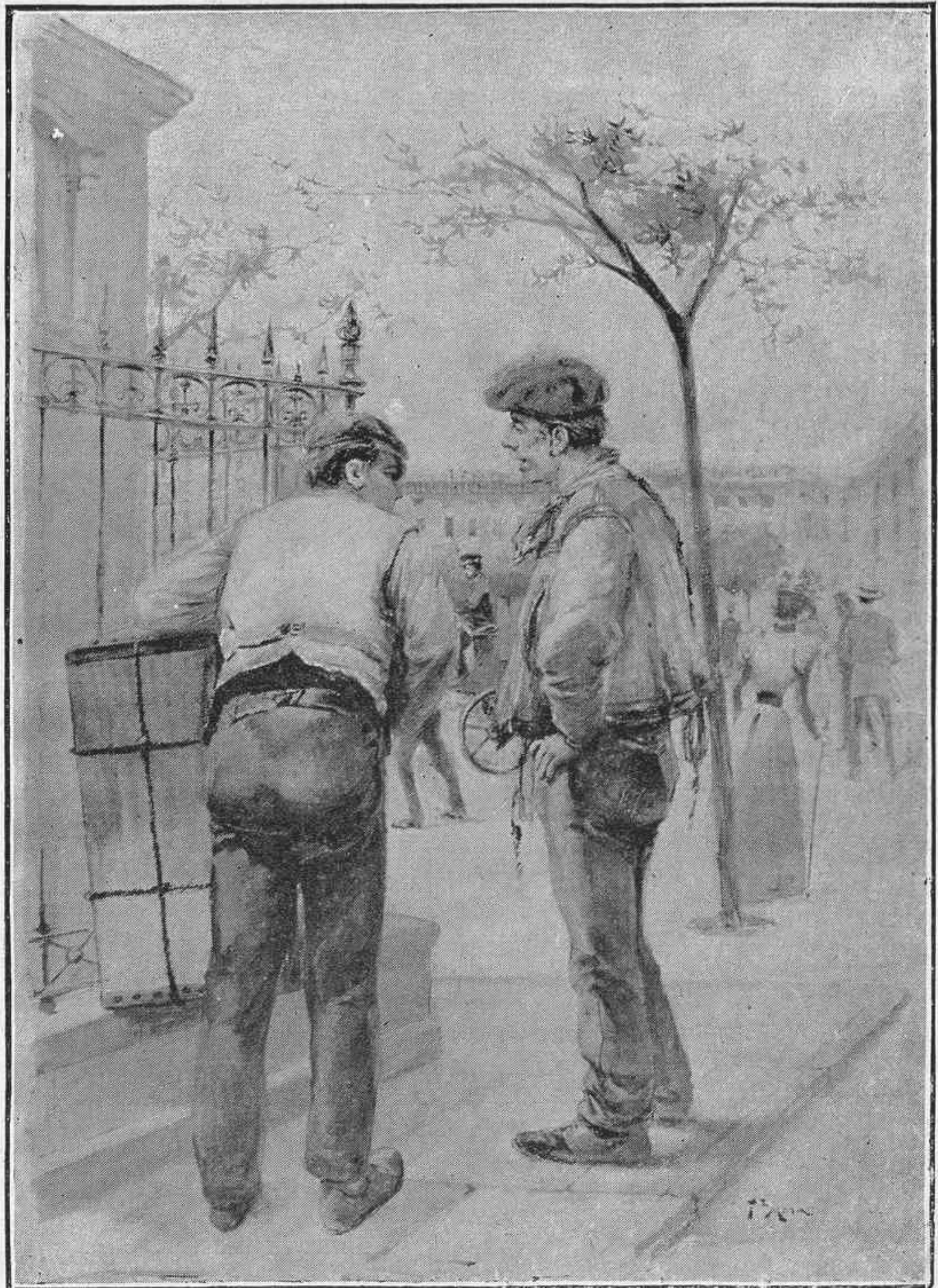
—Que, como andan á manguzás con los cuartus, aunque se largan te pajarán la peseteja lisa y monda á pesar del excesu, y no te darán ni una perra chica de propina.

—¡Pus me he divertíu!

*
*
*

En cualquier ómnibus de los que bajan al expreso «lentos» de cabezas rubias y sombreros «canotié»:

—Pero ¿es de veras?—pregunta candorosamente un ángel de quince años, que va á veranear por primera vez, á sus primas, un poco menos ángeles, que ya han veraneado muchas veces.



—¡Pues ya lo creo! Eso de que los hombres y las mujeres tengan su baño aparte son ranciedades de «nuestros abuelos», que sólo se estilan ya en el Mediterráneo. Ya verás en el Norte qué «sosa» está la sección de las señoras. ¡En cambio, la de caballeros!.... Yo entro siempre con Gustavito, que es el que me enseña á nadar. ¡Para eso es mi novio! Es la costumbre, hija. A mí no me desagrada. Yo soy muy amiga de la franqueza.

*
**

—¿Conque dice usted, portera, que la familia del diputado del principal?....

—Está en San Juan de Luz.

—Entonces subiré la cédula al magistrado del segundo.

—Se fué á San Sebastián de Guipúzcoa.

—¡Caramba! ¿Y el comerciante del tercero?

—En San Sebastián de los Reyes.

—Pues ya no queda sino la viuda del sotabanco.

—Se marchó á veranear á San Bernardino.

*
**

—¿Pero también os vais los pobres vergonzantes?

—¿Para qué se han hecho los billetes de caridad?

*
**

Baúles, maletas, mantas, cestas y sombrereras, ¡séaos el viaje level!

(Dibujos de Mota.)

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

COMPOSTURAS

REFLEXIONES DE UN ZAPATERO DE PORTAL



(Dibujo de Benedito.)

LA DEL CUARTO.

¡Las botas de la Concha
la cigarrera!

¿Qué le ponga tacones?

¡Pa mí, que nieva!

LA DEL TERCERO.

La Florencia es muy bonita,
pero tiene mala suerte.

¡Qué botas! La pobrecita
pisa con el contrafuerte.

LA DEL SEGUNDO.

Me debe Salomé
un duro como un sol,
y luego, cosa usted
botinas de charol.

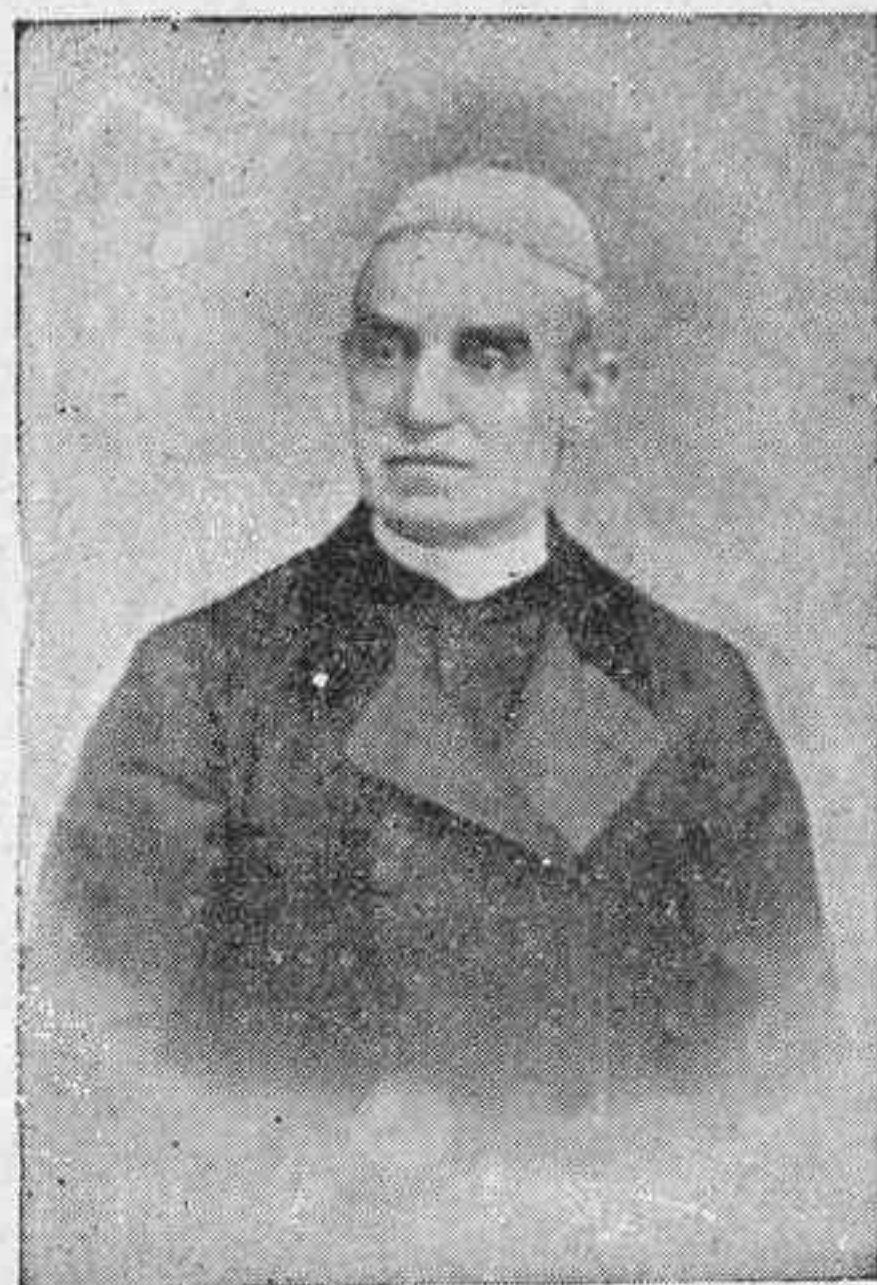
DEL PRINCIPAL.

Del principal anoche
me han encargado
pala y medias suelas
pa un diputado.

M. P.

PRELADOS ESPAÑOLES

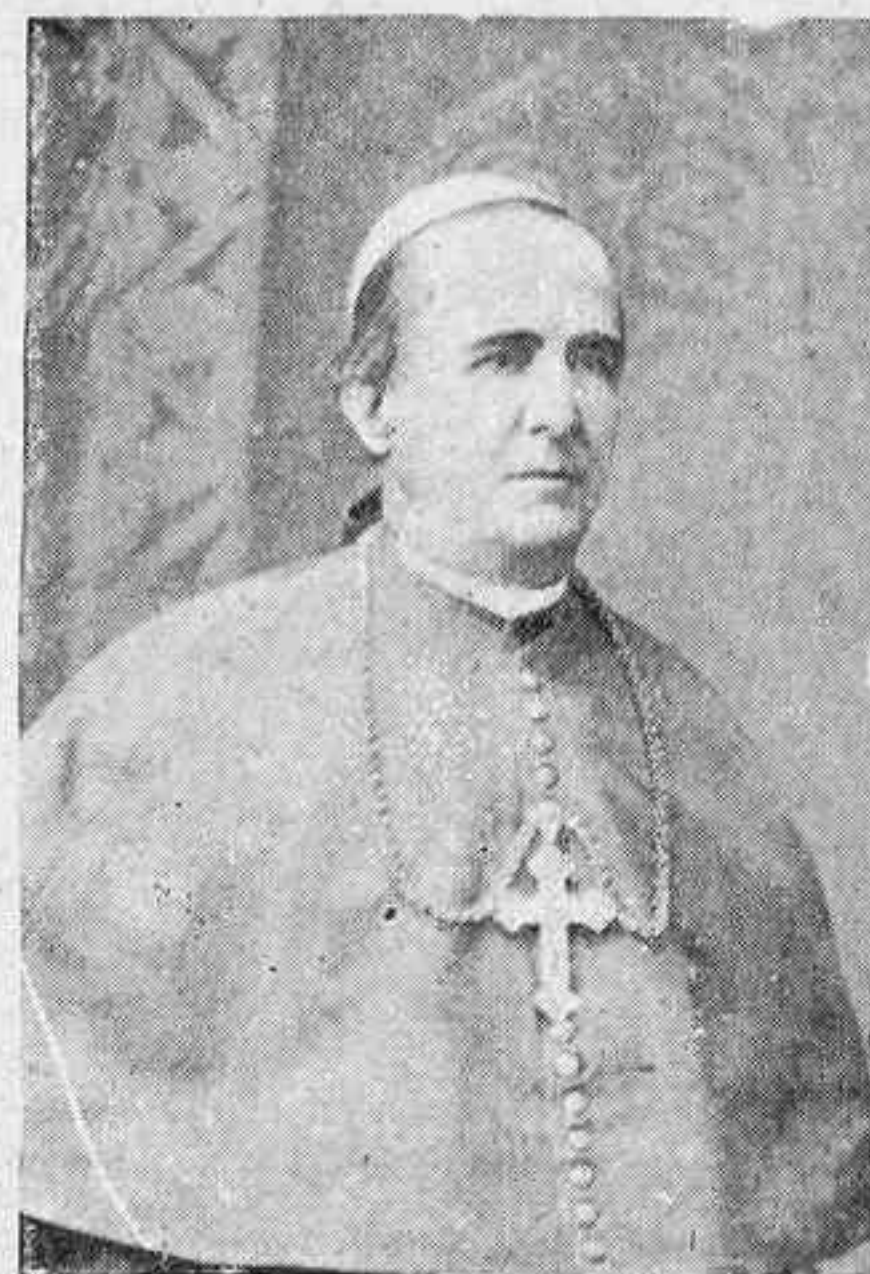
(1.ª SERIE)



Emmo. Sr. D. Ciríaco María Sancha
y Hervás.
VALENCIA.



Ilmo. Sr. D. Jacinto María Cervera,
MALLORCA.



Excmo. Sr. D. Tomás Bryan y Livermore.
CARTAGENA.



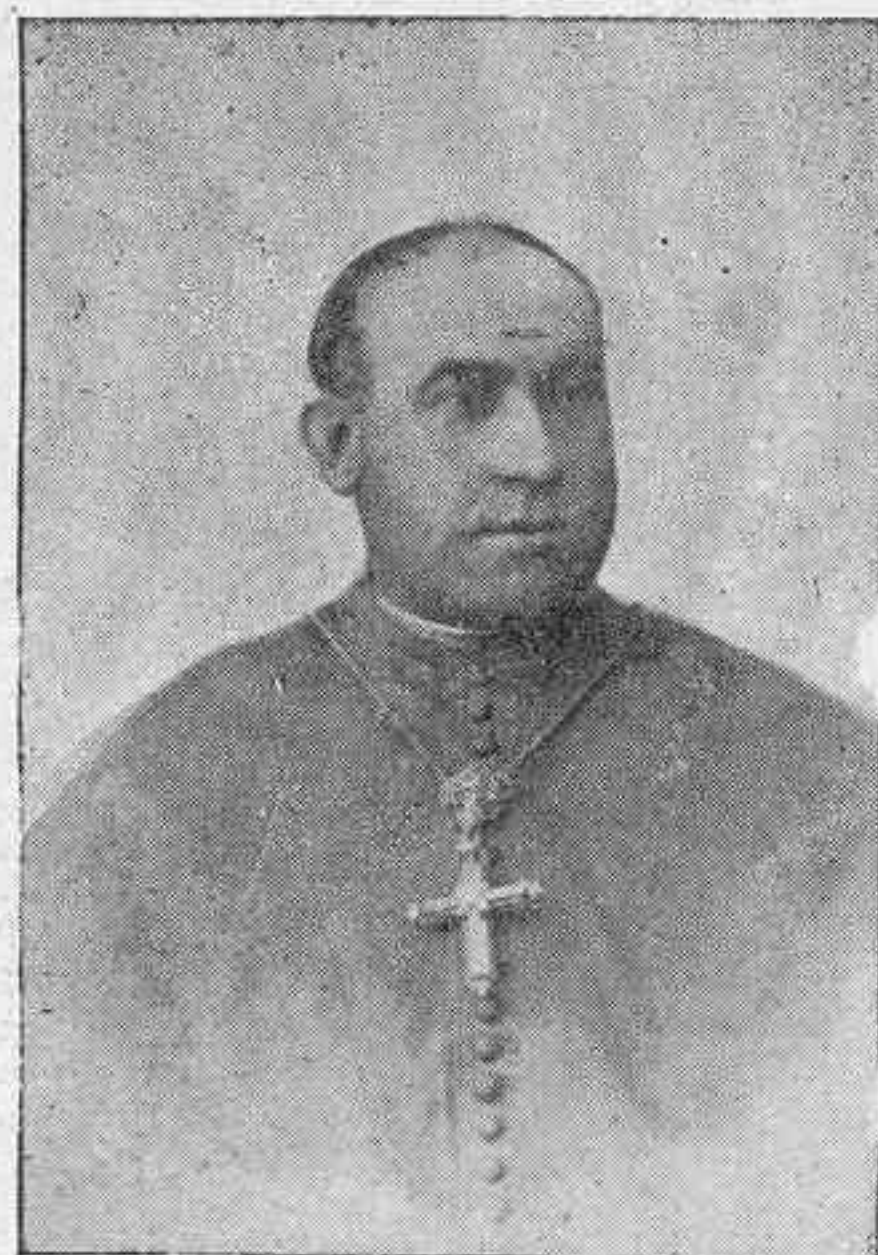
Excmo. Sr. D. José Tomás
Sivilla.
GERONA.



Excmo. Sr. D. Francisco Gómez Salazar.
LEÓN.



Excmo. Sr. D. José Morgades y Gili.
VICH.



Ilmo. Sr. D. Juan Soldevilla y Romero.
TARAZONA.

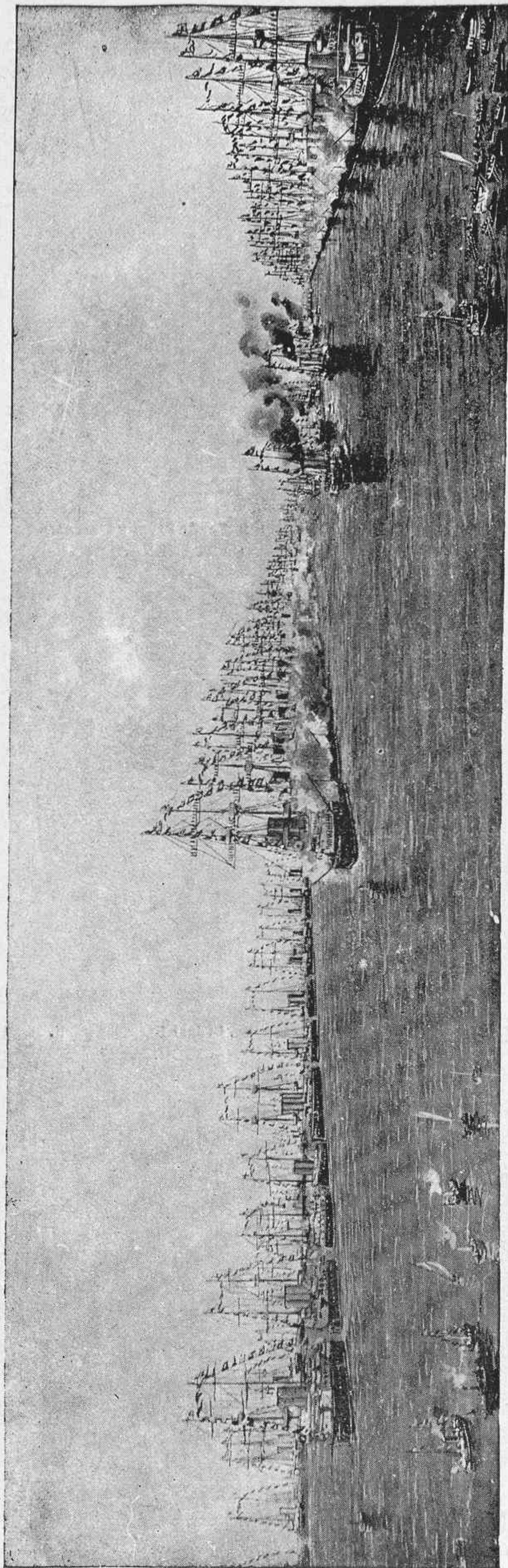


Ilmo. Sr. D. Pedro Casas y Souto.
PLASENCIA.

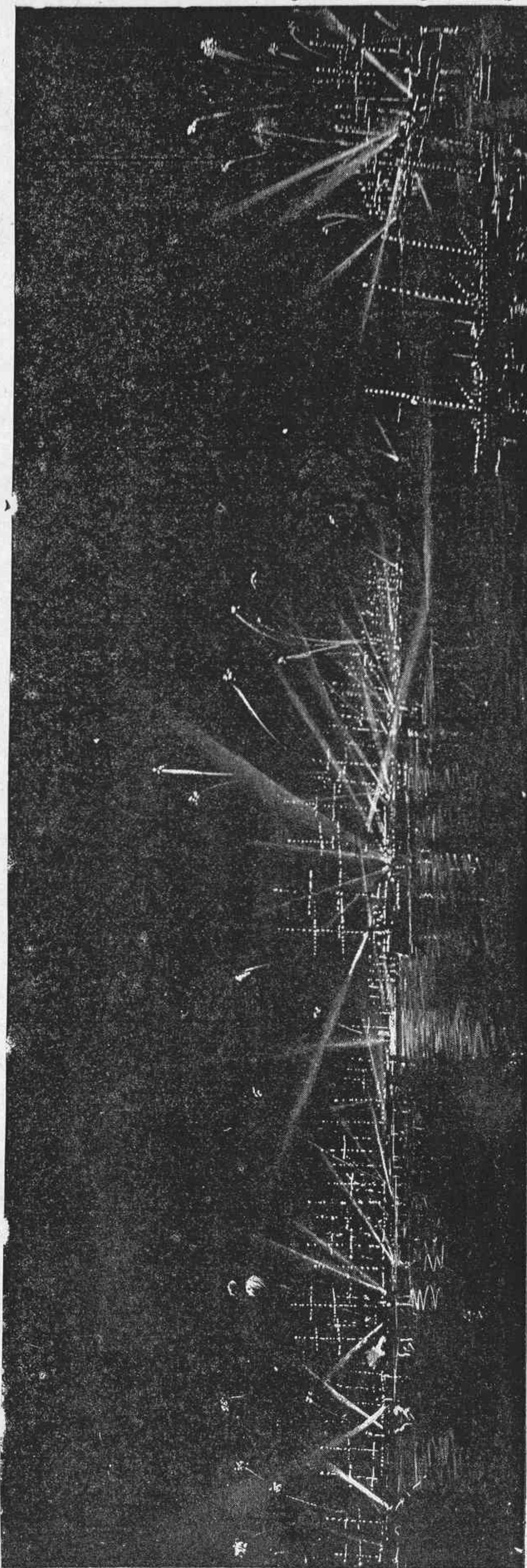


Ilmo. Sr. D. Nicolás Rey Redondo.
TENERIFE.

LA REVISTA NAVAL EN EL JUBILEO DE LA REINA DE INGLATERRA



EL YATE «VICTORIA ALBERT» PASANDO REVISTA Á LA ESCUADRA EN SPITHEAD.



LA ESCUADRA INGLESA ILUMINADA, LA NOCHE DEL 26 DE JUNIO ÚLTIMO.

(Dibujos de Casala.)